



Capítulo 15



LAS HISTORIAS QUE NOS UNEN

21 RELATOS PARA LA INTEGRACIÓN
ENTRE PERÚ Y CHILE

DANIEL PARODI REVOREDO
SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA
(COMPILADORES)

Las historias que nos unen
21 relatos para la integración entre Perú y Chile
Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda (compiladores)

© Daniel Parodi Revoredo y Sergio González Miranda, 2014

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: marzo de 2014
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-04554
ISBN: 978-612-4146-69-5
Registro del Proyecto Editorial: 31501361400262

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

HERMANOS EN EL TRABAJO: EL INTERNACIONALISMO DEL MOVIMIENTO SOCIAL TARAPAQUEÑO EN LA HUELGA Y MASACRE OBRERA DE 1907

**Pablo Artaza Barrios
Eduardo Godoy Sepúlveda**

Las fuertes tensiones y desavenencias registradas entre los Estados chileno y peruano son de larga data y públicamente conocidas, ya que se remontan a sus respectivos procesos de constitución como Estado-nación. Inmersos en ellos, durante el siglo XIX la definición de sus territorios y fronteras recurrió a los conflictos bélicos, mecanismo que prolongó las consecuencias políticas, territoriales, sociales y económicas y se proyecta hasta la actualidad.

A pesar de estas tensiones y de la recurrente exaltación chauvinista en las discusiones limítrofes, desde fines del siglo XIX los trabajadores organizados de ambas naciones establecieron fluidas redes de contacto, confraternidad y solidaridad, especialmente en aquellas zonas que antes del conflicto bélico estuvieron bajo la jurisdicción del Estado peruano y boliviano: las provincias de Tacna, Arica y Tarapacá, y Antofagasta y el Toco, respectivamente. De hecho, las principales características de las organizaciones obreras tarapaqueñas hacia fines del siglo XIX y al despuntar el siglo XX, como ha sostenido Sergio González, fueron su acentuado internacionalismo y multiculturalismo (pluriétnico y plurinacional), elementos que constituyen la identidad pampina, que se caracteriza por su fuerte sentido identitario refrendado en relación a ese espacio geográfico, que era común al conjunto de sus habitantes (González Miranda, 1991; 1998). Es por esto que es posible sostener que, especialmente en Tarapacá, gracias a la fluidez de las relaciones, se construye un sujeto social popular marcado por un fuerte internacionalismo.

No obstante, es necesario precisar que las relaciones al interior del mundo pampino no fueron estáticas; por el contrario, se caracterizaron por su dinamismo y, en consecuencia, mutaron a través del tiempo. La masacre del 21 de diciembre de 1907

constituye así un trágico y dramático punto de inflexión en el desarrollo de las organizaciones y asociaciones locales (González Miranda, 1991; Godoy, 2009).

Las relaciones sociales y culturales originadas entre los obreros peruanos, bolivianos y chilenos fluctuaron, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, entre la solidaridad, el apoyo mutuo y la colaboración, en un primer momento; y la xenofobia, la discriminación y el racismo, años más tarde (González Miranda, Maldonado & McGee, 1993). La solidaridad de clase, el discurso y las prácticas internacionalistas que caracterizaron a las primigenias organizaciones de trabajadores, simbióticamente construidas desde las postrimerías del siglo XIX en la provincia Tarapacá como escenario físico, económico y humano de la gestación del movimiento obrero criollo, trasmutó inmediatamente después de la masacre de 1907 en persecución y violencia nacionalista contra los peruanos tarapaqueños, azuzada por las autoridades locales y la prensa conservadora regional y capitalina chilena (Artaza, 2005, pp. 113-148).

De esta manera, la anhelada «chilenización» de las anexadas provincias del norte después de la guerra de 1879 se profundizó en 1907 tras la matanza de la escuela Santa María de Iquique, cuando Tarapacá «ingresó al dominio ideológico inclusivo y excluyente del Estado-Nación chileno» (González Miranda, Maldonado & McGee, 1993, p. 55). Desde ese entonces, el internacionalismo obrero, solidario y clasista, construido históricamente a partir del contacto cotidiano y especialmente en los espacios laborales y el sincretismo cultural ahí surgido, una vez que el Estado chileno arrebató a Perú y Bolivia los territorios salitreros de Tarapacá y Antofagasta comenzó abruptamente a reconfigurarse y, a la postre, resquebrajarse (González Miranda, 1998; Artaza, 1998).

De este modo, el año 1907 no solo conllevó a un repliegue forzoso —desde el punto de vista cuantitativo— del movimiento obrero y popular tarapaqueño —y chileno en general—, que venía in crescendo con altos y bajos desde fines del siglo XIX —como han sostenido numerosos historiadores (Grez, 2001; DeShazo, 2008; Vitale, 1994; Godoy, 2009)—, sino también un retroceso o reflujo desde el punto de vista cualitativo (Artaza, 2006).

Las categorías de «patria» y «nación» en torno a la chilenidad permearon los discursos de los trabajadores salitreros. Así, desplazaron a las antiguas categorías «clasistas» y la rica y sana convivencia construida frente a la adversidad y hostilidad del trabajo obrero en las salitreras dio paso a la disputa violenta por plazas de trabajo entre individuos de diversas nacionalidades. Estas disputas estuvieron atravesadas por un contexto de crisis de la economía salitrera, que se agudizó año tras año a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial hasta su casi completa extinción.

Como ya hemos señalado, la identidad pampina, históricamente configurada en torno a categorías clasistas y obreristas (Artaza, 2005), tuvo su máxima expresión en la solidaridad internacionalista entre obreros de diversas nacionalidades (peruanos, bolivianos, argentinos y chilenos) al fragor de la huelga grande de 1907 en Iquique. Una vez finalizada la huelga esta solidaridad comenzó rápidamente a declinar debido a las consecuencias y proyecciones de la violencia ejercida por los aparatos coercitivos del Estado (Grez, 2001). Desde ese entonces, y coincidiendo con períodos de crisis diplomáticas con el Estado peruano —entre 1907 y 1912 y más tarde entre 1917 y 1922—, surgieron en Chile organizaciones nacionalistas denominadas «ligas patrióticas» (González, 2004), caracterizadas por su férrea hostilidad, racista y discriminatoria, contra los habitantes peruanos.

Las más recalcitrantes se formaron, precisamente, en la ciudad de Iquique y en las oficinas y cantones salitreros circundantes, lugares que constituyeron escenarios de violentos episodios de discriminación hacia los peruanos, los otrora «hermanos de trabajo» en la pampa desértica. Esta situación ofrecía una mayor contradicción debido a la génesis que registraba el mundo popular tarapaqueño, constituido como un crisol de nacionalidades. De hecho, los resultados del censo de 1907 demuestran que la población tarapaqueña estaba compuesta por miembros de 36 nacionalidades. En los puertos de embarque y en las salitreras, según ha señalado Sergio González, se hablaba castellano e inglés y entre grupos más específicos alemán, italiano, croata, quechua, aymara y chino cantonés (González Miranda, 1998, p. 95).

En Tarapacá, el fuerte impacto de las actividades productivas vinculadas al nitrato, que se desplegaban en esta agreste región, y sobre todo sus ingentes requerimientos de mano de obra, determinaron que la población tarapaqueña surgiera sobre la base de la fusión de quienes concurrieron a participar de este desafío, lo que generó un área de poblamiento común de trabajadores especialmente peruanos, bolivianos y chilenos. Esto se vio maximizado por el comportamiento exogámico de estos pobladores, como ha señalado Marcos Calle (2008, pp. 29-59), lo que acentuó la tendencia a conformar una sociedad pluriétnica y multicultural.

Así, para el período que nos ocupa, la presencia peruana tiende a ser inicialmente muy relevante, ya que de acuerdo al censo chileno de población de 1895, de un total algo superior a los 25 500 extranjeros en la provincia, 13 584 habitantes o el 53,2% eran peruanos, seguidos a lo lejos por los 5817 bolivianos, quienes representaban al 22,8% de los extranjeros¹. Para 1907, el total de los habitantes de Tarapacá llegaba a 110 036 habitantes, de los cuales 14 821 eran peruanos, es decir el 54,1%

¹ Censo Chileno de Población, 1895, p. 40.

de los extranjeros, mientras los bolivianos alcanzaban la cifra de 6700². A partir de esa fecha la población peruana inicia un descenso, y hacia 1920 los residentes en los departamentos de Pisagua y Tarapacá representaban una cifra cercana a un tercio de los que había casi tres quinquenios antes, y llegaban apenas a los 4788 habitantes —mientras los bolivianos mantenían su presencia en la región en torno a los 5977 habitantes³. De este modo resulta evidente la manera en que la cosmovisión internacionalista y la solidaridad obrera —fruto de esta diversa composición socio-cultural, pluriétnica y plurinacional—, sufrió una profunda fractura luego de los violentos sucesos ocurridos tras la cruenta represión estatal y patronal de diciembre de 1907.

Como han señalado González Miranda, Maldonado y McGee, el nacionalismo en Tarapacá:

[n]ació de las cenizas de esas organizaciones internacionalistas y se impuso por sobre la mixtura de nacionalidades que convivían en el mismo suelo de Tarapacá. Desde el período de dominio peruano, la clase obrera de Tarapacá fue trinacional al menos, y entre los grupos patronales predominaron las nacionalidades europeas, destacándose ingleses, alemanes, italianos y eslavos, además de chilenos y peruanos que nunca dejaron de tener gran importancia. Los peruanos dejaron de tenerla después de la persecución de la que fueron víctimas a manos de las Ligas Patrióticas (1993, p. 55).

Dichas organizaciones nacionalistas irrumpieron con mayor fuerza en Tarapacá hacia 1911, y el paradigma de la solidaridad y el martirio obrero compartido en la masacre de 1907 transmutó en xenofobia nacionalista, especialmente contra la población tarapaqueña de origen peruano (González Miranda, 1998). Este nacionalismo se potenció a través de los símbolos patrióticos reforzados por la escuela fiscal chilena (González Miranda, 1995).

La excepción a la regla la constituyeron las organizaciones anarquistas y socialistas tarapaqueñas —estas últimas sobre todo en su etapa inicial, antes de participar también del discurso nacionalista en su actividad política (Álvarez, 2003)— las cuales en más de una oportunidad sufrieron los violentos embates de las ligas patrióticas por denunciar, sin claudicar, las cobardías de los nacionalistas criollos.

En 1919 los miembros del periódico ácrata *El Surco* de Iquique, así como los redactores del periódico socialista *El Despertar* de los Trabajadores fueron hostigados, sus locales asaltados y sus imprentas empasteladas (Muñoz, 2011). Esta situación era cotidiana en Iquique desde 1911, y poco a poco comenzaba a naturalizarse e institucionalizarse, especialmente contra la prensa peruana editada en la ciudad-puerto.

² Censo Chileno de Población, 1907, pp. 44-45.

³ Censo Chileno de Población, 1920, p. 290.

De hecho, el día 26 de mayo de 1911, el intendente telegrafió al Ministerio del Interior para indicar que «anoche fue sigilosamente destruida la imprenta del diario peruano La Voz del Perú. [...]. Artículos injuriosos a Chile han originado este suceso»⁴. Esta información fue ampliada posteriormente por el prefecto de policía de Iquique, quien el 31 de mayo hizo llegar a la primera autoridad provincial un extenso informe. En esa oportunidad, el prefecto Almarza, al dar cuenta de lo ocurrido en la ciudad en los últimos días, le indicó con claridad que «el día 19 (de mayo) el administrador de la imprenta La Voz del Perú se había presentado a las 6 a.m. ante el oficial de guardia [...] exponiendo que al abrir la imprenta se había encontrado con las puertas forzadas y 22 cajas de tipos destinadas al trabajo de obras completamente empasteladas y cortadas las correas de la máquina de imprimir». Este ataque produjo solo daños menores que no impidieron que el periódico peruano continuara editándose en Iquique. lo que no debe sino haber causado indignación entre los agresores, quienes deseaban silenciar la prensa peruana en la localidad. La agresividad y persistencia de la actitud chilena, que tendía a silenciar a los órganos de expresión peruanos, se demuestra cuando el 22 de mayo la imprenta del interdiario La Unión Peruana «había sufrido la destrucción de la prensa de imprimir que tenía en la oficina de la calle de Vivar, único objeto que poseía». Hecho del que se tuvo información debido a que el personal policial encontró los restos de la maquinaria a pocas cuadras del lugar. A su vez, solo la vigilancia policial pudo evitar un nuevo ataque a La Voz del Perú, ya que «como medida precautoria» la policía iquiqueña estableció «la vigilancia de la imprenta, lo que se verificó los días 19, 20, 21, 22, 23, 24 y 25 inclusive». Sin embargo, «el día 26 a las 5:30 a.m. se presentó un empleado de la misma imprenta [...] exponiendo que al llegar al establecimiento había encontrado forzadas nuevamente las puertas y esta vez destruidas completamente sus máquinas y empasteladas todas las cajas»⁵.

A partir de 1911 estos sucesos se harían cada vez más cotidianos, e incluso tenderían a incrementarse hasta alcanzar su máxima expresión entre 1917 y 1922, ya que, como señala Sergio González Miranda, el incremento de la tensión entre los habitantes de la provincia se vio explicado por una gran diversidad de factores, entre los que destacaba la correlación entre esta tensión local y el aumento de la temperatura de las relaciones diplomáticas chileno-peruanas, que hacen crisis hacia 1911 en gran medida por el fracaso del protocolo Billingham-Latorre (González Miranda, 1998, p. 98).

⁴ «Telegrama del Intendente de Tarapacá al Ministro del Interior. Iquique, 11 de mayo de 1911». Archivo de la Intendencia de Tarapacá (en adelante AIT), 1911, vol. 10. *Copiador de telegramas, años 1909-1910*.

⁵ «Informe del Prefecto al Intendente de la Provincia. Iquique, 31 de mayo de 1911». AIT, 1911, vol. 36. *Notasa de la policía, año 1911*.

Ese documento establecía las bases de un acuerdo que estaba llamado a implementar una de las cláusulas del Tratado de Ancón, en lo relativo a plebiscitar la soberanía definitiva sobre Tacna y Arica, y que fue rechazado por el congreso chileno en 1901. De este modo se bloquea la solución propuesta mediante el protocolo y se desata un conflicto internacional creciente, que con posterioridad a la masacre de 1907 se traducirá en una serie de actitudes y comportamientos abiertamente xenófobos hacia el elemento peruano de la provincia.

Así, como sucediera en 1907 y se profundizara en los años posteriores, las crecientes repatriaciones de tarapaqueños peruanos introdujeron un cambio drástico en la composición social de la provincia. Tal como ha desarrollado Rosa Troncoso, estos movimientos se iniciaron a los pocos días de la matanza y estuvieron vinculados a las gestiones peruanas que tendían a proteger a sus connacionales que habían participado de la huelga. Las repatriaciones de peruanos tarapaqueños se intensificaron en el año crítico de 1911 y muy especialmente entre los primeros meses de 1919, oportunidad en que contando solo los meses de enero y febrero, un periódico de Lima informó de «la llegada de trece vapores procedentes de Iquique con 4449 repatriados» (Troncoso, 1998, p. 332).

Así, la realidad social tarapaqueña se vio profundamente alterada, ya que en un período relativamente breve se transformó tanto el panorama demográfico de la provincia como un sinnúmero de relaciones sociales que se desplegaban entre los habitantes de manera cotidiana, especialmente entre los trinacionales que componían el mundo popular de la provincia. La transformación operada en la región, si bien se explicaba por las variaciones —radicadas a veces muy lejos, en el campo de los vaivenes y tensiones propios de la alta diplomacia de los Estados involucrados—, también tenía un correlato en la cotidianeidad de los habitantes tarapaqueños, de familias divididas o atravesadas por el conflicto internacional, y de hermanos en el trabajo que comenzaron a generar nuevas formas y estrategias para resignificar el internacionalismo. A medida que intervenían nuevos elementos de crisis en la realidad regional, se tendía a establecer más distancia entre la cotidianeidad de esta vivencia popular —prevaliente por lo menos hasta 1907— con una elaboración preferentemente discursiva que a la vez que sofisticaba su contenido se alejaba de la vivencia internacional con que los tarapaqueños abordaban el trabajo y los desafíos colectivos que este le planteaba, pero que no era distinta de la forma en común que utilizaban para ocupar un espacio y constituirse como sujetos en él.

MOVILIZACIÓN SOCIAL Y ASOCIATIVIDAD POPULAR EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CLASE OBRERA TARAPAQUEÑA (1890-1907)

Desde el estallido de la primera huelga general en Chile —registrada en 1890 en Iquique— y con mayor recurrencia a partir de los primeros años de 1900, se verifica una etapa de intensa actividad reivindicativa por parte de las clases trabajadoras del país. Enmarcada dentro de la problemática económica y social que se denominó la «cuestión social» (Morris, 1967; Grez, 1995; Pinto, 1998, pp. 227-312), este período se encuentra signado por profundos conflictos que respondían a una mayor capacidad organizativa de las clases laboriosas, las que hacía años venían experimentando las ventajas de desplegar su acción de manera organizada y colectiva.

Entre los años finales del siglo XIX y primera década del siglo XX, no es solo la acción colectiva orientada hacia la movilización asumida por los sectores populares tarapaqueños el único aspecto que es preciso consignar. Paralelamente la región experimenta una intensa actividad asociativa, la que permite apreciar la forma en que se constituía en Tarapacá una identidad de clase. En este caso, ya sea en su carácter asistencial, propio de las sociedades de socorros mutuos; o más marcadamente sindical como en el de la sociedad mancomunal; o cultural y recreativo, como en las sociedades filarmónicas; el sentido que la asociación popular tiende a desplegar durante este período está profundamente marcado por su apremiante experiencia laboral (Artaza, 2006). Ante todo, la asociatividad popular tarapaqueña tiende a potenciar lo que Eduardo Devés ha denominado la cultura obrera ilustrada, donde el papel que le cabe a los trabajadores como clase es fundamental en la transformación de ellos mismos y de la sociedad local (Devés, 1991).

En Tarapacá, una vez superada la inestabilidad generada en la región por la huelga de 1890 primero, y la revolución de 1891 después, la asociatividad popular redefinió su orientación en un marcado sentido clasista. Al respecto, en el análisis de la actividad societal entre 1880 y 1895, Julio Pinto ha señalado que a partir de 1891:

[...] las asociaciones obreras tarapaqueñas experimentaron un salto exponencial, tanto en calidad como en número. Las pocas sobrevivientes del período anterior alcanzaron niveles inéditos de actividad y autonomía, mientras que en círculos previamente ajenos al espíritu asociativo comenzaron a surgir otras enteramente nuevas [...]. Tal vez más importante aún, el discurso societario ganó en autoridad, seguridad y afirmación de su identidad trabajadora [...] que hizo de las sociedades obreras un actor central de la vida tarapaqueña de los noventa (Pinto, 1994, p. 118).

Dicha constatación lleva a este autor a concluir que la transformación de las sociedades

se expresó en una postura más confiada, auto-afirmativa y clasista [...]. En todos los casos, la identidad de clase pasó a ocupar un papel definitorio y central. Hacia mediados de la década del noventa, el discurso de las sociedades tarapaqueñas era ya decididamente «obrerista» (p. 134).

Esa seguridad alcanzada es la que en 1902 se traduce en manifestaciones de autoafirmación de su identidad clasista, por parte de los trabajadores tarapaqueños, tales como «nos bastamos a nosotros mismos para resistir los avances del capital mal intencionado»⁶. Este discurso, en la coyuntura 1905-1907, potencia la formación de una identidad obrera y se identifica claramente en este contexto de ascenso de los movimientos sociales (Zapata, 2009, pp. 201-210).

El discurso obrero construido en relación a categorías clasistas permitió que las reivindicaciones laborales y la actividad huelguística en Tarapacá, hacia fines del siglo XIX y con más fuerza a inicios del siglo XX, se incrementaran considerablemente.

Desde 1890 y por lo menos hasta 1907, antecedendo el período crítico que se abre en 1905, la provincia venía experimentando una serie de dificultades debido a las duras condiciones de vida y trabajo de los sectores populares. Hasta el momento, la más completa recopilación de información respecto a las movilizaciones populares registradas en el norte grande durante el ciclo salitrero es la realizada hacia mediados del siglo XX por Floreal Recabarren (1954) sobre la base de algunos exponentes de la prensa regional. Ella, a su vez, ha servido de base a prácticamente todos los estudios sobre la movilización popular (Pizarro, 1986). Sin embargo, el recuento realizado por Recabarren adolece de algunas deficiencias que redundan en un amplio sub registro. Es por ello que sobre la base de una recopilación de material de prensa e información más amplia proveniente del Archivo de la Intendencia de Tarapacá y del Ministerio del Interior hemos podido identificar un importante número de movilizaciones que entre 1890 y 1907 se generaron en la provincia tarapaqueña. En ellas resalta el papel central que adquieren las movilizaciones huelguísticas derivadas por la posición que los trabajadores ocupaban en la estructura de clases y, especialmente, por la importancia que adquiere la reivindicación salarial entre los sectores populares de la provincia, transformándose en un elemento aglutinador de este actor social (Artaza, 2006). Ello nos ha permitido, en parte, ir bosquejando cómo se registra en esta provincia salitrera la constitución de una clase social, elemento trascendental que nos permite analizar la hecatombe de 1907.

⁶ «Rumores sin fundamento». *El Nacional*. Iquique, 31 de agosto de 1902.

En el periodo 1890-1907 se verifica un aumento considerable de la actividad huelguística en la provincia de Tarapacá. A partir de la información recopilada podemos sostener que entre 1890 y 1900, esta alcanza su cénit en dos momentos, 1894 y 1898, con diez movilizaciones en cada uno de esos años.

Ya entrado el siglo XX esta situación se profundiza considerablemente, especialmente entre 1900 y 1907. En 1901 se registran once eventos huelguísticos y en 1907, descontando la huelga que deriva en la masacre de la escuela Santa María de Iquique, se verifican 26 paralizaciones obreras, caracterizadas por las tensiones y fricciones suscitadas entre el capital y el trabajo⁷.

De esta forma podemos sostener que la huelga grande de 1907 no fue un hecho aislado sino que, por el contrario, está inserta en un contexto más amplio, nacional y regional: por una parte el intenso ciclo huelguístico verificado en el período 1903-1907, caracterizado por la precarización en las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares y la respuesta política organizada desde estos para hacer frente a su situación de menoscabo; por otra, el incremento del número de movimientos sociales tarapaqueños, expresión de los altos niveles de conciencia y asociatividad alcanzados por los trabajadores salitreros durante la primera década del siglo XX.

A lo largo del territorio nacional, en general, y en la región salitrera de Tarapacá, en particular, las organizaciones obreras no estaban imbuidas aún por las categorías nacionalistas que emergerán con fuerza en torno a la conmemoración del Centenario en Chile (1910), azuzadas por las tensiones y desavenencias limítrofes así como por los resquemores propios suscitados en los espacios de convivencia laboral y social en la región (González Miranda, 1998).

En Chile, a fines del siglo XIX, los conceptos de «patria» y «nación» se utilizaban indistintamente y no necesariamente el primero tenía directa relación con el segundo sino más bien, como señala Viroli (1997), existía una diferencia de fondo, epistemológica e ideológica, que asociaba el concepto de «patria» —y por extensión el de «patriota»— a supuestas cualidades «superiores» relacionadas con la honestidad, la perseverancia y la laboriosidad de los individuos y de los pueblos, como se consigna en la prensa oficial chilena; mientras que el concepto de «nación» tenía, según el autor, una connotación más bien «étnica» que trasmutaba en caso extremo en diferenciación y segregación entre individuos y grupos étnicos, ya que contraponía «otredades» dicotómica y violentamente. El autor señala al respecto que la diferencia está en el énfasis que cada uno le daba: para los patriotas, lo más importante era la república y la libertad que ella otorgaba, mientras para los nacionalistas el valor principal era la unidad espiritual y cultural del pueblo. La patria, en este último caso,

⁷ Ver el cuadro «Huelgas tarapaqueñas 1890-1907» en Artaza, 2006, p. 34.

sería el orden democrático, y la nación propende a la diferenciación por ser más «étnica», con las consecuencias violentas que ello puede acarrear.

En el imaginario identitario de los trabajadores pampinos dicha diferenciación fue variando a lo largo del tiempo y, poco a poco, el «patriotismo benevolente» —si es que pudiera ser denominado de esta forma— dio paso a una violencia nacionalista —incluso en miembros del mundo popular— fuertemente xenofóbica que varió en su intensidad en ciertos contextos específicos hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Según Pinto, Valdivia y Artaza (2003), la identidad nacional pampina se modificó en el contexto de la Guerra del 79 por las condiciones particulares en la que se desenvolvían los trabajadores chilenos. La «categoría» de inmigrantes en un medio hostil habría afianzado los lazos identitarios de los peones chilenos, entre ellos en un primer momento y después con los representantes estatales. Esto, sumado al triunfo en la guerra, los habría hecho más proclives al nacionalismo, lo que se reflejaría, por ejemplo, en los pliegos y demandas obreras posteriores a la guerra, amparados bajo un discurso de «justicia» que la «patria» debía a sus «hijos» por el sacrificio y la sangre derramada (Pinto, Valdivia & Artaza, 2003).

No obstante, es necesario señalar que el discurso y sentimiento nacionalista, cuando lo hubo, fue propio, particular y complejo, ya que no se trataba de la visión tradicional de la historiografía conservadora —que atribuye a los «rotos» un patriotismo inherente— sino que es posible establecer múltiples factores que de una u otra forma incidieron en la «reafirmación popular» desde una perspectiva nacionalista (Valdivia, 2004).

La Guerra del 79 y el recuerdo de la «heroica gesta», la guerra civil de 1891 y la situación irresoluta del problema fronterizo en el norte, actuarían como elementos catalizadores de una especie de «nacionalismo popular» que no estuvo exento de contradicciones, desavenencias y tensiones (Valdivia, 2004); al interior del mundo obrero, por un lado, y entre los trabajadores chilenos y la «nación» —entendida esta como sus representaciones e instituciones—por otro. Esta situación coadyuvó por extensión en la construcción de discursos y prácticas internacionalistas desde fines del siglo XIX entre trabajadores de distintas nacionalidades y grupos étnicos. El internacionalismo y la solidaridad obrera irrumpieron en Chile con el nacimiento del movimiento obrero organizado, específicamente en la provincia salitrera de Tarapacá, y ya venían siendo conceptualizados, desde el punto de vista teórico, desde mediados del siglo XIX, ligados a los planteamientos socialistas —comunistas y anarquistas— en Europa. Al igual que otras corrientes ideológicas, encontraron asidero en un contexto de profundas desigualdades sociales en las organizaciones de trabajadores salitreros.

Como señala Víctor Muñoz —parafraseando a Lewis Lorwin— los trabajadores pampinos asumieron el internacionalismo entendiéndolo como:

[...] la expresión máxima de la sociabilidad obrera cuya meta está orientada a la creación de una sola y gran patria universal. El medio para alcanzar esa gran unión humana estaría en la progresiva toma de conciencia por parte de los trabajadores de que su causa reivindicativa es una y misma en todo el mundo, y que las diferencias nacionales deben ser dejadas de lado en pos de solidaridad revolucionaria de todos los trabajadores del orbe. Pues solo de esta forma, es decir, universal, la Revolución Social puede ser tal (Muñoz Cortés, 2008, p. 17).

Dicho internacionalismo se expresó entre los trabajadores de los distintos oficios y nacionalidades que concurrieron masivamente a la huelga grande de Tarapacá en 1907, en la que asumieron un rol fundamental junto a sus hermanos en el trabajo. Por estas características se le puede considerar una huelga trinacional, ya que junto a los obreros chilenos, los peruanos —y en menor medida bolivianos— adquirieron un rol protagónico en su desarrollo y desenlace, y estaban incluso dispuestos a compartir sus trágicas consecuencias. En síntesis, el 21 de diciembre de 1907 no solo fueron asesinados obreros que reivindicaban derechos socio-laborales en Iquique sino también las prácticas internacionalistas, históricas y culturalmente construidas en la solidaridad y confraternidad del movimiento social tarapaqueño.

EL INTERNACIONALISMO OBRERO EN LA HUELGA GRANDE DE TARAPACÁ, DICIEMBRE DE 1907

Las asociaciones obreras tarapaqueñas, tempranamente politizadas a través de distintas vertientes, alcanzaron en 1907 un protagonismo inusitado (Artaza, 2006; Pinto & Valdivia, 2001), y junto al surgimiento de organizaciones sociales populares que sobrepasaban las prácticas más tradicionales del mutualismo y que llamaban al abierto enfrentamiento clasista con los patrones bajo la consigna de la «emancipación de los trabajadores», provocaron la violenta reacción de las autoridades locales, de los sectores patronales y del Estado, el que intervino preventivamente frente a las reivindicaciones de los trabajadores (Grez, 2001). Durante este periodo, la causa principal de descontento fueron las motivaciones socio-económicas relativas al ámbito laboral (Artaza, 2009, p. 56), lo que demuestra «el deterioro de las condiciones económicas y de subsistencia que comprometió a la sociedad popular al cambiar el siglo» (Garcés, 2003, p. 128).

Efectivamente, en las huelgas suscitadas en diversos puntos del territorio nacional durante el ciclo huelguístico 1903-1907, devenidas en grandes represiones y masacres, fueron recurrentes similares demandas obreras. A decir del historiador

Sergio González, el petitorio presentado en 1904 al presidente Germán Riesco por la Combinación Mancomunal Obrera, dirigida por Abdón Díaz, fue muy similar al presentado por el comité huelguista presidido por José Briggs al intendente don Carlos Eastman en diciembre de 1907 en la ciudad de Iquique (González Miranda, 1998, pp. 7-9).

En un contexto caracterizado por la ausencia de un sistema de regulación en las relaciones entre el capital y el trabajo (Yáñez, 1999) y donde los problemas que aquejaban a los trabajadores —y las huelgas que generaban— tenían directa relación con el empobrecimiento y carestía en sus condiciones de vida y laborales, a contrapelo del contexto global de bonanza y prosperidad para la clase dominante y el Estado (Artaza, 2009, pp. 205-206)—, el 4 de diciembre de 1907 estalla la huelga en la provincia de Tarapacá, inicialmente decretada por más de 300 trabajadores ferrocarrileros.

Frente al encarecimiento de los artículos de primera necesidad debido a la casi constante devaluación monetaria (cuyo tipo de cambio había descendido de 18 a 7 peniques de libra esterlina por peso) y en un escenario de profundas desigualdades y fricciones sociales ascendentes desde antes del cambio de siglo, los trabajadores movilizados exigieron pago en dinero legal (no en fichas); libertad de comercio para evitar abusos en las pulperías; estabilidad en los salarios utilizando como norma el equivalente a 18 peniques; protección en las faenas salitreras para evitar accidentes laborales; establecimiento de escuelas vespertinas financiadas por los patrones y diversos aumentos salariales (Devés, 1989).

Poco a poco, los trabajadores pampinos de diversas oficinas salitreras se fueron sumando a la paralización que iniciaron los ferrocarrileros y portuarios de Iquique. Así, el día 12 de diciembre, cuando la huelga iquiqueña comenzaba a flaquear, ante la negativa patronal frente a sus reivindicaciones los obreros de la oficina San Lorenzo paralizaron sus labores y, en comisión, se dirigieron al cercano establecimiento salitrero de Santa Lucía, donde incentivaron a sus operarios a parar también sus faenas. Esta situación que fue imitada días más tarde solidariamente por otros trabajadores, y la huelga se extendió a diversas oficinas de la árida pampa salitrera. En este contexto, los obreros pampinos concluyeron que para obtener respuesta debían bajar a Iquique, donde se encontraban los representantes de las compañías extranjeras que explotaban la riqueza del nitrato, arrebatada por Chile al Perú y a Bolivia durante la Guerra (Grez, 2001).

El día 15 de diciembre, ya en la ciudad de Iquique, y tras conversaciones con el intendente provisional Julio Guzmán, los trabajadores de la pampa expusieron públicamente sus demandas. En dicha oportunidad, la máxima autoridad regional, representante del Presidente de la República, se entrevistó con los voceros de

los trabajadores y de los patrones salitreros, tratando de conciliar y mediar en el conflicto suscitado. Ante la negativa de los primeros a retornar a la pampa salitrera, el Intendente los alojó en la escuela Santa María de Iquique con el compromiso de que se atenderían sus demandas a través de una «comisión obrera» que permanecería en busca una solución al conflicto.

Frente al ímpetu y decisión manifestados por los obreros de la pampa, los trabajadores de la ciudad les brindaron su apoyo y formaron un comité de unidad el día 16 de diciembre, el que aglutinó a los trabajadores del puerto y del interior en el denominado Comité Central Unido Pampa e Iquique. Esta organización dio acogida a aquellos gremios de trabajadores del puerto de Iquique que se solidarizaron con la paralización obrera pampina y sus demandas (Artaza, 1998, p. 24).

Espoloneado por el flujo de huelguistas casi interrumpido, el mismo día 16 las autoridades locales decretaron el estado de sitio para impedir el arribo a la ciudad de más trabajadores pampinos, que venían marchando desde sus oficinas y cantones salitreros. Paralelamente la ciudad comenzó a ser sitiada por efectivos militares, y fue cuestión de tiempo para que arribara a Iquique a reanudar sus funciones el intendente Carlos Eastman, esta vez acompañado por el general Roberto Silva Renard.

El 19 de diciembre, el intendente Carlos Eastman se entrevistó por separado con los líderes de la huelga y con los dirigentes de la Combinación Salitrera, organismo gremial representativo de la patronal. Aunque los empresarios dijeron estar dispuestos a estudiar las peticiones obreras, se negaron a discutir las bajo la presión que significaba para ellos la presencia de los huelguistas en el puerto, porque declararon: «Si en esas condiciones accedieran al todo o parte de lo pedido por los trabajadores perderían el prestigio moral, el sentimiento de respeto que es la única fuerza del patrón respecto del obrero»⁸.

Al día siguiente el mismo intendente Eastman se encargó de comunicar este planteamiento verbalmente al comité huelguista:

Les manifesté que los salitreros no desoían sus peticiones, pues estaban dispuestos a considerarlas en las mejores condiciones posibles de convivencia y equidad para unos y otros; pero pedían que los trabajadores volvieran á la pampa para que los representara un Comité más o menos numeroso y de la absoluta confianza de los huelguistas⁹.

⁸ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

⁹ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

Ante las negativas patronales, que argumentaban que la solución del conflicto no podía —ni debía— reducirse solamente a una cuestión de dinero sino que lo que estaba en juego era el «prestigio moral» y la «autoridad» de los propietarios, los obreros paralizados formularon una nueva propuesta, orientada a buscar una solución pacífica a la huelga. El intendente Eastman, en su informe al ministro del Interior Rafael Sotomayor, relató de la siguiente forma la proposición elaborada por el comité huelguista, el que:

Proponía la idea de que se aumentaran los jornales en un sesenta por ciento durante un mes, tiempo que estimaban suficiente para que el Comité General de los trabajadores estudiara y resolviera con los salitreros la resolución definitiva sobre las diversas peticiones anotadas en el memorial¹⁰.

Pero ya era demasiado tarde y los hechos se precipitaron. Los patrones cerraron filas y se negaron a negociar en tal contexto de presión obrera. El sábado 21 de diciembre, desde temprano, se reanudaron las conversaciones entre las autoridades locales y los representantes de los trabajadores y patrones salitreros, por separado. Los directores de la Combinación Salitrera rechazaron la nueva propuesta obrera, mostrándose inflexibles en su postura. Esta situación radicalizó las posiciones al interior del mundo popular y generó sentidas declaraciones.

Tras las sucesivas negativas de los empresarios, los obreros suspendieron las conversaciones con la autoridad regional y faltando algunos minutos para las dos de la tarde del 21 de diciembre, el general Silva Renard se hizo presente en las inmediaciones de la escuela Santa María de Iquique, describiendo de la siguiente forma el escenario previo a la masacre obrera:

Al llegar a dicho sitio [la Plaza Montt], ví que la Escuela Santa María de Iquique que ocupa toda la manzana sur de la plaza estaba repleta de huelguistas presididos por el titulado Consejo Directivo de la Huelga, instalado en la azotea con frente a la Plaza y en medio de banderas de los diversos gremios y naciones¹¹.

A esta situación también hizo alusión un obrero peruano, actor y testigo de los hechos del 21 de diciembre, de la siguiente forma:

Una vez formados, el general les dirigió una arenga en la cual les manifestó la necesidad de que cada soldado «cumpliera con su deber (!)».

¹⁰ «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior. Iquique, 26 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274, doc. 1918. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

¹¹ «Informe del general Roberto Silva Renard al intendente provisional Julio Guzmán García. Iquique, 22 de diciembre de 1907». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

A las voces de mando las tropas se pusieron en marcha hacia la plaza Santa María (*sic*).

En el local de la Escuela flameaban al tope las banderas chilena, peruana y boliviana. Los huelguistas asomaban sus cabezas por las puertas y ventanas y techos del local.

En esos momentos llegaron las tropas. El general de la arenga exigió de los huelguistas el abandono del local y su traslación al hipódromo¹².

Y es que, como hemos señalado, la amplia presencia de trabajadores peruanos, bolivianos y chilenos en Tarapacá era parte fundamental de la composición y configuración sociocultural de la clase obrera de provincia, y sin duda jugaron desde fines del siglo XIX un rol preponderante no solo en el ingente desarrollo de la asociatividad popular local sino también en los movimientos políticos y sociales, en tanto se involucraron activamente en los conflictos entre el capital y el trabajo, solidarizando y haciendo suyas, desde una perspectiva clasista, el conjunto de las demandas obreras. La huelga grande de diciembre de 1907 no fue la excepción, sino precisamente la más clara expresión de esta tendencia.

El informe remitido por Alfredo Syers Jones —administrador del hospital y lazareto de Iquique— al intendente de Tarapacá, el 10 de enero de 1908, indicaba el estado en que se encontraba el conjunto de heridos producto de la represión a la huelga, atendidos por las unidades de su cargo. Las 202 personas eran 62,9% chilenos y 26,7% peruanos, seguidos por un 9,9% de bolivianos y solamente un argentino¹³. Así también quedó consignado en la prensa de la época, tras la masacre (Devés, 1989), ya que como señalara un obrero peruano, testigo de los luctuosos sucesos, al ser entrevistado en la ciudad del Callao:

Minutos antes de comenzar la hecatombe nuestro cónsul les visitó en el local de la escuela Santa María y les invitó a abandonar a sus compañeros; pues las tropas iban a hacer fuego sobre ellos.

— «No les dejaremos en la hora del peligro», le contestaron.

Y se quedaron allí, sabiendo como sabían, que iba a ser la muerte el precio que iba a abonarse a su lealtad.

En el local de la escuela Santa María nuestro pabellón cubría los despojos de nuestros compatriotas¹⁴.

¹² *La Patria*, 9 de enero de 1908. Iquique.

¹³ «Informe del administrador del hospital y lazareto de Iquique al intendente de Tarapacá. Iquique, 10 de enero de 1908». Archivo Nacional de la Administración, vol. 3274. *Varias autoridades, decretos y notas*. Fondo Ministerio del Interior, Santiago.

¹⁴ *La Patria*, 9 de enero de 1908. Iquique.

El cónsul peruano en Chile, Manuel María Forero, rectificando las informaciones aparecidas en *La Prensa* de Lima respecto de su papel y el de sus compatriotas en la huelga, señaló públicamente su versión de los hechos:

Las apreciaciones de ustedes sobre los últimos sucesos, basadas en informaciones erróneas de su corresponsal, han producido dolorosa impresión en Iquique y principalmente en la colonia peruana.

Desde el primer momento obtuve del Supremo Gobierno del Perú todas las autorizaciones que solicité para alivianar la situación de nuestros connacionales. Cinco mil peruanos figuraban entre los huelguistas; pero hay más de nueve mil familias de la misma nacionalidad que residen en Iquique, las que, a su vez, pidieron garantías al cónsul contra la probable cólera de quince mil personas contrariadas en su propósito.

En tal conflicto la conducta del cónsul estaba bien determinada; sin embargo, después de tranquilizar a aquellas con las contestaciones de la autoridad, me impuse la tarea de salvar del conflicto a los mismos huelguistas. Previo el permiso del intendente, me trasladé a la escuela Domingo Santa María, les supliqué depusieran su actitud subversiva, pero fue en vano mi intento, mis reflexiones se estrellaron contra su inquebrantable obstinación.

Nuestros compatriotas quisieron guardar lealtad a sus compañeros hasta el último instante y no aceptaron la autorización de retirarse que, en mi presencia, las concedió el directorio.

Momentos después de recibida mi contestación por el señor intendente, las fuerzas se dirigieron al lugar de la escuela, y durante una hora y tres cuartos, los altos jefes de la marina y del Ejército, hasta el mismo general agotaron todos los medios de persuasión, hasta la súplica; pero todo inútil¹⁵.

El dirigente ácrata Luis Olea Castillo, en un registro diferente, militante y testimonial, en su «Carta Abierta de Luis Olea. Versión autorizada de los luctuosos sucesos del 21 de diciembre», publicada en tres partes en el periódico demócrata *El Pueblo Obrero*, corroborando lo señalado por el cónsul peruano sostuvo:

Se presentó el señor Cónsul del Perú, don Manuel María Forero, quien ofreció sus buenos oficios a los huelguistas, y manifestó que deseaba imponerse de la participación de sus connacionales en el movimiento, para atenderlos como era su deber.

El comité le contestó agradeciéndoles sus oportunos oficios en aquellos momentos de ansiedad, en que temían ser atropellados en el ejercicio de sus derechos,

¹⁵ *El Mercurio*, 5 de enero de 1908. Santiago.

y le rogaron que intercediera ante el señor Intendente para cablegrafiar directamente al Presidente de la República, para que no se atropellarán las leyes, el derecho y la Constitución, a cuyo amparo los obreros ejercitaban sus derechos, y que en cuanto a los datos que deseaba respecto de sus connacionales, podían los peruanos allí presuntos ilustrar mejor que nadie el criterio del señor Cónsul¹⁶.

Acto seguido de la intervención del Cónsul, según el relato del dirigente obrero José Santos Morales, tesorero del comité huelguista, habría sido interpelado por uno de los delegados, quien le expresó:

Señor Cónsul, aquí todos somos obreros y las distintas nacionalidades argentinas, peruanas, bolivianas y chilenas, forman una sola masa, para hacer una petición ordenada y justa. Confiamos en que se nos atenderá debidamente, y no podemos imaginarnos que en centro de una población como Iquique, pueda abusarse con nosotros, cuando secundamos a las autoridades en el sostenimiento del orden público. Pero si las autoridades quisieran acometer contra nosotros, esperamos resignados sus resoluciones y es voz pública entre sus connacionales que están dispuestos a correr con nosotros la misma suerte (citado en Bravo-Elizondo, 2007, p. 220).

Ante la increpación, el cónsul peruano, Forero, habría expresado que le agradaba esa muestra de solidaridad obrera, pero que no obstante cumplía con su deber al dar ese paso y que no dudaba de un arreglo equitativo, dada la justicia del reclamo y el orden en que se conservaban. Añadió que, por su parte, les ofrecía sus buenos oficios y que tendría el mayor gusto en servirlos y atenderlos. A estas palabras siguieron las aclamaciones llenas de entusiasmo, así para el señor Forero, como para los obreros peruanos y bolivianos (Bravo-Elizondo, 2007, p. 221).

Tras la hecatombe, como fue caracterizada la acción represiva de las fuerzas militares comandadas por el general Silva Renard, quien ordenó a la tropa abrir fuego sobre los manifestantes que estaban alojados en las inmediaciones de la escuela Santa María de Iquique y la Plaza Montt, comenzó el éxodo no solo de los huelguistas chilenos, sino también de los peruanos y bolivianos. Este retorno se verificó inmediatamente ocurrida la masacre. Según informó el propio general Silva Renard, el 21 de diciembre de 1907 «numerosos ciudadanos chilenos se han presentado también a los consulados argentino, peruano y boliviano, solicitando pasajes para dirigirse a esas repúblicas» (Bravo-Elizondo, 2007, p. 164). Esta expatriación forzosa no estuvo exenta de duras críticas, como se puede apreciar en el poema titulado «Sin patria y sin bandera», de Arturo Segundo Encalada, delegado de la Oficina

¹⁶ *El Pueblo Obrero*, 7 de abril de 1908. Iquique.

Santa Ana y partícipe de la huelga, publicado en el periódico *El Pueblo Obrero* unos meses más tarde:

*De esta nación sin honor
tendrán todos que emigrar,
para poder protestar
del gobierno y el rigor
en el arte de matar,
por lo cual declaro al mundo que ya estoy desengañado,
y contra la patria airado
digo con odio profundo
de ti me voy expatriado.
Pues, mi patria y sus leyes
Solo son ardid y engaño
Con q' el burgués a su amaño
Nos explota como bueyes
En sometido rebaño;
Yo invito a la rebeldía
A la república entera,
Para que adjure sincera
De su torpe idolatría
Renegando la bandera¹⁷.*

Para el caso de los huelguistas de nacionalidad peruana, Silva Renard señaló: «En el tren de hoy subieron a la Pampa 580 ciudadanos peruanos, a quienes les dio pasajes el señor cónsul del Perú. Se cree que muchos regresarán con sus familias para dirigirse a su patria» (Bravo-Elizondo, 2007, p. 164). Un mes después de los luctuosos sucesos de Iquique, se informaba en el periódico *El Pueblo Obrero*:

Sin lugar á duda, es casi seguro que dentro de pocos meses más las oficinas salitre-ras atravesaran por uno de los períodos más críticos desde su existencia, á causa de la escasez de brazos.

Los trabajadores bolivianos y peruanos están dispuestos á irse todos á sus patrias respectivas, por más que ahora se les alague y se les ofrezca como siempre, este mundo y el otro.

Hay oficinas que antes elaboraban 10 y 15 fondadas diarias, hoy día no alcanzan á elaborar ni la mitad, pues el reducido número de trabajadores con que cuentan por más que revienten no dan á decir más.

¹⁷ *El Pueblo Obrero*, 16 de abril de 1908. Iquique.

Los pueblecitos de la pampa están totalmente arruinados, las casas de comercio que habían en ellos soportan una crisis tremenda, insostenible que obligará también a muchos propietarios de ellos a emigrar a otra parte.

Así es que el malestar general, por más que se quiera ocultar, lleva visos de seguir adelante y con caracteres más apremiantes para la provincia y principalmente para la Nación, pues, no tardará mucho en que las crecidas sumas que se percibían por exportación de salitre, se reducirán a menos de la mitad¹⁸.

De esta forma la provincia de Tarapacá, otrora crisol de nacionalidades, desde 1907 comenzó a expulsar a los obreros peruanos y en menor medida a los bolivianos. Desde ese entonces y con mayor fuerza desde 1911, la chilenzación compulsiva comenzó a instalarse como discurso y como práctica (González Miranda, 2004), mientras que el internacionalismo y la solidaridad obrera mutaron en un discurso más que en su vivencia práctica.

EL IMPACTO DE LA MASACRE DE LA ESCUELA SANTA MARÍA DE IQUIQUE: ENTRE EL TÉRMINO Y LA REORIENTACIÓN DEL INTERNACIONALISMO OBRERO

La masacre de la escuela Santa María de Iquique evidenció las precarias condiciones de vida y laborales de la sociedad popular tarapaqueña al despuntar el siglo XX, así como la indiferencia de las clases dominantes y del Estado, que se limitaron ciegamente en sus funciones, procurando mantener el orden social solo a través de la represión a los trabajadores, acallando por la fuerza sus justas peticiones y negando el papel de la sociedad popular en tanto sujetos políticos. Paradojalmente, su misma brutalidad permitió un viraje por parte del Estado en el tratamiento de la problemática situación de la cuestión social, en tanto su impacto provocó una «aceleración en el diseño e implementación de nuevas políticas de la clase dirigente», la que en lo sucesivo tendió a consensuar un esfuerzo encaminado hacia la integración o la cooptación del mundo del trabajo por medio de mecanismos como la asistencialidad y la incipiente legislación social (Grez, 2001, pp. 279-280).

Como ha destacado ampliamente la historiografía (DeShazo, 2008, caps. 4-5; Recabarren, 1954, pp. 232-296; Ortiz, 1985, p. 197; Salazar, 1994, p. 70; Artaza, 2006, pp. 145-148), la violenta reacción de las autoridades nacionales y provinciales tras los acontecimientos huelguísticos iquiqueños sumió al movimiento popular en un oscuro letargo, desarticulándolo y fragmentándolo a través de la persecución de sus principales líderes y sus organizaciones, y generando su debacle a nivel nacional hasta los primeros años de la década siguiente. Según Vitale, «la masacre de Iquique

¹⁸ *El Pueblo Obrero*, 30 de enero. Iquique.

abrió un período transitorio de retroceso en la lucha proletaria» que varios investigadores «estiman que esa fase se prolongó hasta 1915 aproximadamente», aunque para él, y sin precisar con exactitud, ese retroceso sería menor (Vitale, 1994, p. 101). En todo caso, y gracias a las informaciones de Jorge Barría, revisando someramente las cifras de movimientos populares, sean estos huelgas, mítines, manifestaciones obreras, etcétera, es claro que con posterioridad a los sucesos de Iquique se genera un relativo repliegue del movimiento popular y de sus manifestaciones. Según estos datos, entre 1900 y 1912 se percibe un primer aumento fuerte en las manifestaciones obreras que tendrá su cima en 1907 para caer drásticamente en los años siguientes y reactivar esa tendencia solo hacia 1911 (Barría, 1953).

Luego de esta constatación intentaremos precisar las características complejas y a veces contradictorias en que la matanza constituyó un punto de inflexión respecto de la práctica y, especialmente, de la vivencia del internacionalismo entre los otrora hermanos del trabajo, ya que con posterioridad a estos luctuosos sucesos se introdujeron profundas modificaciones en el comportamiento de las organizaciones obreras de la provincia y del movimiento popular en general. Estas se dieron en un contexto de profunda polarización de las relaciones internacionales, que en la zona se vieron acompañadas del proceso de chilenización compulsiva que durante la década de 1910 coincidió además con un acrecentamiento paulatino de las crisis salitreras que además de reducir un mercado laboral característicamente expansivo, prefiguraban la crisis final de la industria (González Miranda, 2004).

Este contexto adverso redundó en una profunda transformación de la sociedad tarapaqueña en su conjunto, pero especialmente de sus sectores populares, ya que como lo demuestran los datos censales del año 1920, la magnitud de las sucesivas repatriaciones de peruanos tarapaqueños y el menos significativo pero importante retorno de bolivianos, determinaron que la chilenización implicara una drástica disminución de la presencia extranjera en la provincia, o lo que es lo mismo, una merma en lo que otrora fue la base de su riqueza multicultural. Ello se tradujo en una caída de la participación peruana y, en menor medida boliviana, tanto en la composición del mundo popular tarapaqueño como de su participación en las organizaciones internacionalistas de trabajadores, lo que redundaba a su vez en una chilenización de la vida cotidiana de la provincia. Bajo esta situación, así como la trinacionalidad en la composición del mundo obrero de Tarapacá dejaba de ser una realidad, la chilenización compulsiva la volvía un mal recuerdo.

Adicionalmente, y en lo que respecta al internacionalismo obrero tarapaqueño, lo anterior tiende a desplegarse en un doble proceso: por un lado, la penetración de un nacionalismo popular entre los miembros chilenos de la sociedad regional.

Esto explica la participación de este sector en episodios como los ocasionados por las ligas patrióticas, puesto que los sectores populares de la provincia comenzarían a fluctuar entre una mayor o menor radicalidad —chauvinista o xenófoba—; de otro lado, el incremento en la politización popular, especialmente en las organizaciones de trabajadores, lo que significa una transformación en las formas de entender el sentido y dirección de la acción colectiva tarapaqueña. Ya se ha insistido en la forma en que la matanza de Santa María de Iquique actuó —a pesar del repliegue posterior del movimiento social provincial— como un estímulo poderoso al reforzamiento de su politización (Artaza, 2006), pero ahora importa destacar que este proceso popular se desarrolló, probablemente sin desearlo, sobre la base del cambio registrado en la composición social de la clase obrera que transitaba este camino a la politización y el redireccionamiento que implicaba aceptar participar de un sistema político construido exclusiva y excluyentemente para los miembros del Estado nación chileno. Esto implicaba una compleja reelaboración del rol del internacionalismo dentro de las estrategias adoptadas por la politización de la clase obrera chilena, la que tendía a distanciarse crecientemente de la vivencia trinacional que caracterizó anteriormente a la sociedad popular tarapaqueña.

Los únicos elementos del movimiento popular que no comulgaron con la politización enmarcada en parámetros institucionales, electoralistas y exclusivamente nacionales, que emergen con fuerza tras la masacre de la escuela Santa María de Iquique, fueron los anarquistas, quienes desde fines del siglo XIX —a nivel nacional y en la región salitrera— habían desarrollado una forma de hacer «política» marcadamente supranacional y antiestatal, operando desde fuera de las lógicas de la representatividad democrática y de los límites nacionales. Tempranamente, y por largo tiempo, propugnaron un acentuado internacionalismo obrerista que no solo practicaron a nivel discursivo y organizativo sino también desde el punto de vista de las redes de solidaridad y hermandad que tejieron entre individuos de indistintas nacionalidades, más allá de las fronteras del Estado-nación chileno, que poco a poco y pese a sus ácidas críticas se fue consolidando. Dentro de sus concepciones, la revolución debía inexorablemente ser universal, en tanto el régimen capitalista oprimía por igual a chilenos, peruanos y bolivianos. La nacionalidad era lo de menos. Según los anarquistas se debía avanzar orgánicamente por la constitución de un discurso marcadamente obrerista e internacionalista. Para ello, la solidaridad y la unión clasista, sin distinción de nacionalidad, eran fundamentales para que los oprimidos se emanciparan. Consideraban además que las fronteras de los Estados nacionales no eran más que artificios creados por las clases dominantes para mantenerlos segregados de sus hermanos de sufrimiento. De este modo, las fronteras debían ser eliminadas

y la humanidad unida en un solo y cohesionado bloque lograría vencer a los pilares que sustentaban al sistema de dominación, caracterizado fundamentalmente en la política electoralista, uno de sus principales enemigos. Para los anarquistas, la idea de la «gran patria universal» alentaba a los obreros a hermanarse con los desheredados, sin importar su nacionalidad. No obstante, y a pesar de su majadera insistencia, la politización popular siguió otros derroteros y los planteamientos internacionalistas anarquistas fueron marginales y minoritarios pero no por eso menos consecuentes.

El gran desafío popular luego de la masacre consistió en forjar una nueva unión obrera, la cual debía fortalecerse sobre la base de la articulación de clase, pero la que, dada la nueva composición social en la provincia y el impacto de la chilenización en la zona, era cada vez más excluyentemente chilena. Como señalara claramente el periódico demócrata *La Reforma* al preguntarse cómo proceder en este nuevo escenario:

¿Debemos entonces apelar a los comicios públicos...? ...¡No y siempre no, ni lo pensemos! Pobre de nosotros si tal hiciéramos...!! Allí estarían las puntas de los sables y la boca de los cañones, para acallar nuestra osadía y acallar nuestra justa y santa protesta, por orden de nuestros gobernantes seríamos asesinados como lo fueron nuestros hermanos del norte. ¿Qué debemos hacer? ¿Implantar la revolución social a que nos obligan? No, porque sería desastroso para nuestra santa causa; ellos tienen todas las armas y garantías para combatir... No pensáis que sería más noble, más fraternal aunar nuestros esfuerzos en bien de la unificación obrera del país, formando un solo partido capaz de contrarrestar a los partidos burgueses que se han entronizado en el poder y por este medio poder algún día no lejano implantar el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, o sea, la representación genuina de los obreros. ¿Por qué no dejamos de un lado los antagonismos que han sido y son los principales causantes de nuestras desgracias y que nos llevan a la ruina y nos esforzamos por formar un partido poderoso... ya se llame partido obrero, demócrata o socialista, o como quiera llamársele, que el nombre poco importa siempre que formen parte de él todos los obreros que deseen el bienestar en clase?¹⁹

Este llamado a la unión proletaria no solo provino de los sectores demócratas. Las dos fracciones en que estaba dividida la democracia y la mayor parte del movimiento mancomunal buscaron un estrechamiento de los vínculos entre los trabajadores chilenos. En abril de 1908, *El Trabajo* de Iquique convocaba a sus compañeros señalando: «Acudid, pues, sin excepción, todos los compañeros a impulsar la obra de la Unión, a fortalecer la voz de *El Trabajo*, para que ella se mantenga potente en defensa

¹⁹ *La Reforma*, 18 de enero de 1908. Santiago.

de los comunes intereses de los que trabajan y producen»²⁰. Con ello quisieron mostrar que a partir de estos sucesos los sectores populares ven la necesidad de articular la unidad del proletariado nacional, que comienza a dar frutos con relativa rapidez ya que en 1912 logra constituirse en Tarapacá, tradicionalmente sindicada como expresión de madurez del movimiento obrero chileno, el Partido Obrero Socialista, una organización política de clase que adquirirá un fuerte protagonismo a nivel nacional (Ramírez, 1984; Grez, 2011).

Es así como a medida que avanzamos en los años iniciales del siglo XX, los distintos patrones adoptados por la politización popular, tanto en su vía orientada a la negociación e integración como en la vía rupturista, tienden crecientemente a participar y referenciarse dentro de un registro nacional (Pinto & Valdivia, 2001, pp. 10-11). Si la huelga iquiqueña de 1907 pudo ser una acción popular trinacional, lo fue porque se situaban colectivamente, como hermanos en el trabajo, frente a un actor común. Hasta esa ocasión, el enemigo de la clase obrera trinacional eran los patrones, el capital. Posteriormente, bajo las pautas predominantes de la rearticulación del movimiento obrero chileno, que avanzaba en su politización, el enemigo preferente que había que derrotar gracias al apoyo ciudadano y electoral, sería el Estado-nación, dentro del cual peruanos y bolivianos dejaban de ser hermanos para pasar desgraciadamente a ser un otro.

BIBLIOGRAFÍA

- AIT-Archivo de la Intendencia de Tarapacá, Iquique (1911a). Copiador de Telegramas, Años 1909-1910, «Telegrama del Intendente de Tarapacá al Ministro del Interior», Iquique, 26 de mayo de 1911. AIT, vol. 10.
- AIT-Archivo de la Intendencia de Tarapacá, Iquique (1911b). Notas de la Policía, Año 1911, «Informe del Prefecto al Intendente de la Provincia», Iquique, 31 de mayo de 1911. AIT, vol. 36.
- Álvarez Vallejos, Rolando (2003). ¡Viva la revolución y la patria! Partido Comunista de Chile y nacionalismo! (1921-1926). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 2(7), 25-44.
- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1907a). «Oficio del Intendente Carlos Eastman al Ministro del Interior», Iquique, 26 de diciembre de 1907. Volumen 3274, Documento 1918.

²⁰ *El Trabajo*, 4 de enero de 1908. Iquique.

- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1907b). «Informe del general Roberto Silva Renard al Intendente Provisional Julio Guzmán García», Iquique, 22 de diciembre de 1907. Volumen 3274.
- ARNAD FMI Archivo Nacional de la Administración, Fondo Ministerio del Interior (1908). Varias autoridades, Decretos y Notas, «Informe del Administrador del Hospital y Lazareto de Iquique al Intendente de Tarapacá», Iquique, 10 de enero de 1908. Volumen 3274.
- Artaza Barrios, Pablo (1998). El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá. *Cuadernos de Historia*, 18, 169-227.
- Artaza Barrios, Pablo (2004). Del internacionalismo clasista a la xenofobia nacionalista. Participación popular en las Ligas Patrióticas de Tarapacá en 1911. *Dimensión Histórica de Chile*, 19, 113-148.
- Artaza Barrios, Pablo (2006). *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. Concepción: Escaparate.
- Artaza Barrios, Pablo (2008). Movilización y asociatividad popular: dos facetas del papel de la clase en la configuración de la identidad pampina (Tarapacá, 1890-1907). *Travesía, Revista de Historia Económica y Social*, 10/11, 45-72.
- Barría Serón, Jorge (1953). *Los movimientos sociales a principios del siglo XX*. Santiago: Universidad de Chile.
- Bravo Elizondo, Pedro (2007). *Santa María de Iquique. 1907: documentos para su historia*. Iquique: Campvs.
- Calle Recabarren, Marcos (2008). Peruanos, bolivianos y argentinos en Tarapacá según sus pautas matrimoniales: ¿pluralismo cultural o crisol de razas? 1885-1910. *Revista de Ciencias Sociales* 21, 29-59.
- Comisión Central del Censo (1908). *Censo de la República de Chile levantado el 28 de noviembre de 1907*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.
- DeShazo, Peter (2008). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile, 1902-1927*. Santiago: Dibam.
- Devés Valdés, Eduardo (1989). *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*. Santiago: Documentas.
- Devés Valdés, Eduardo (1991). La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico. *Mapocho*, 30, 127-136.
- Dirección General de Estadística (1925). *Censo de población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

- Garcés Durán, Mario (2003). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: Documentas y ECO.
- Godoy Sepúlveda, Eduardo (2009). 1907 (Iquique) y 1913 (Valparaíso): Debacle y rearticulación. Dos hitos en la historia del movimiento obrero-popular chileno. En Pablo Artaza Barrios, Sergio González Miranda y Susana Jiles Castillo (eds.), *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique* (pp. 253-270). Santiago: Lom.
- González Miranda, Sergio (1991). *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el Ciclo del Salitre*. Iquique: Taller de Estudios Regionales.
- González Miranda, Sergio (1995). El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá. Violencia y nacionalismo entre 1907-1950. *Revista Ciencias Sociales*, 5, 43-58.
- González Miranda, Sergio (1998). De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 93-118). Santiago: Dibam, Lom, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Arturo Prat.
- González Miranda, Sergio (2004). *Dios cautivo: las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá, 1911-1922*. Santiago: Lom.
- González Miranda, Sergio, Carlos Maldonado Prieto & Sandra McGee Deutsch (1993). Las Ligas Patrióticas. *Revista de Ciencias Sociales*, 2, 54-72.
- Greztoso, Sergio (1995). *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Santiago: Dibam.
- Greztoso, Sergio (2001). La guerra preventiva: Santa María de Iquique. Las razones del poder. *Mapocho*, 50, 271-280.
- Greztoso, Sergio (2011). *Historia del comunismo en Chile: la era de Recabarren (1912-1924)*. Santiago: Lom.
- Morris, James (1967). *La elite, los intelectuales y el consenso*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Muñoz Cortés, Víctor (2008). «Guerra y patria obrera: trabajadores, nacionalismo e internacionalismo en los conflictos fronterizos de Chile con Argentina y Perú (1898-1922)». Informe de Seminario de Grado. Licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Muñoz Cortés, Víctor (2011). *Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Reboisio (1914-1920)*. Santiago: USACH.
- Oficina Central de Estadística (1900). *Séptimo Censo Jeneral de la población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895*. Valparaíso: Imprenta El Universo.
- Ortiz Letelier, Fernando (1985). *El movimiento obrero en Chile, (1891-1919). Antecedentes*. Madrid: Michay.

- Pinto Vallejos, Julio & Verónica Valdivia Ortiz de Zárate (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*. Santiago: Lom.
- Pinto Vallejos, Julio (1994). En el camino de la Mancomunal: organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá, 1885-1895. *Cuadernos de Historia*, 14, 45-72.
- Pinto Vallejos, Julio (1998). *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. Santiago: USACH.
- Pinto Vallejos, Julio; Verónica Valdivia Ortiz de Zárate & Pablo Artaza Barrios (2003). Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890). *Historia*, 36, 275-332.
- Pizarro Contador, Crisóstomo (1986). *La huelga obrera en Chile*. Santiago: Sur.
- Ramírez Necochea, Hernán (1984). *Origen y formación del Partido Comunista (Ensayo de historia del Partido)*. Moscú: Progreso.
- Recabarren Rojas, Floreal (1954). *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta (1884-1913)*. Memoria inédita.
- Salazar Vergara, Gabriel (1994). Luis Emilio Recabarren y el Municipio en Chile (1900-1925). *Revista de Sociología*, 9.
- Troncoso de la Fuente, Rosa (1998). Peruano en Tarapacá y chileno en Lima: el caso de los tarapaqueños peruanos repatriados, 1907-1920. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (pp. 329-336). Santiago: Dibam, Lom, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Arturo Prat.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2004). Por los fueros de la patria: ¿qué patria? Los trabajadores pampinos en la época del Centenario. *Si Somos Americanos*, 5.
- Viroli, Maurizio (1997). *Por amor a la patria. Un ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo*. Madrid: Acento.
- Vitale Cometa, Luis (s/f). *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Volumen V. Santiago: Lom.
- Yáñez Andrade, Juan Carlos (1999). Antecedentes y evolución histórica de la legislación social en Chile entre 1906 y 1924. *Revista de Estudios Histórico Jurídicos*, 21, 203-210.
- Zapata Schaffeld, Francisco (2009). La coyuntura de 1905-1907 y la formación de la identidad obrera. En Pablo Artaza Barrios y otros, *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique* (pp. 201-210). Santiago: Lom.